

1868. Sí hay un acta del año 1887, re-dactada por el secretario de entonces, Ramón María Díaz-Cacho (antepasado del actual alcalde), que comienza así: “en la Villa de La Solana, a 20 de enero del 1887, reunida la junta general de socios de este casino bajo la presidencia de D. Ramón Campillo y Ruíz, éste manifestó que el objeto de la reunión era abrir nueva discusión acerca de la adquisición de un local para este Casino... D. Francisco Ocaña manifestó la conveniencia de adquirir el edificio conocido con el nombre de Hospital, para construir en él dicho Casino”. Se deduce, por tanto, que la Sociedad es anterior.

El devenir del casino a lo largo del siglo XX estuvo jalonado por varios momentos significativos, incluidos altos y bajos. Pero está marcado a fuego el año 1962, cuando se concluyó la ampliación que dio origen al edificio actual, con su monumental fachada a las calles Sagrario y Cervantes. “Es lo mejor que se ha hecho en nuestro pueblo desde que yo tengo uso de razón”, publicaba un artículo de opinión el periódico local Manantial el 25 de julio de ese año. El escrito decía: “esta satisfacción ha de ser sincera a la vista de todo cuanto se ha realizado: fachada, vestíbulo, escalera, calefacción, cabina telefónica, salones, repostería, retretes... Todo cuidado, pintado y limpio... Luz, ventilación, amplitud, tonos claros y agradables en el decorado que invitan a la alegría y la paz”. Era presidente Manuel Palacios Gallego.

No todo el mundo tenía riñones para hacerse socio de número. El interesado debía pagar un fijo de entrada, que a principios de los 70 llegó a las 24.000 pesetas, más la cuota periódica. Además, existían otras limitaciones estatutarias y sociales. En las primeras, el reglamento del año 1951, ratificado en el de 1975, decía lo siguiente en su capítulo III, artículo 14: “Todo individuo que careciendo de instrucción elemental pueda considerársele como analfabeto, bajo ningún pretexto podrá ser admitido como socio”. También había un sesgo claramente masculino. El capítulo IV, artículo 18 decía: “Todo socio tiene derecho a disfrutar de las ventajas y beneficios que la sociedad proporcione, los cuales serán extensivos a su esposa...”. Los estatutos vigentes, de junio de 2010, eliminó el artículo referente a los analfabetos y cambió la palabra “esposa” por la de “cónyuge”.



▲ El amplio vestíbulo de entrada del casino.

Luego estaba el asunto político. En diciembre de 1940 se constituyó la Comisión Depuradora del Casino La Unión, a propuesta de la Jefatura Local de Falange Española. Huelga decir que hubo un tiempo donde se prohibió la entrada a los “desafectos” al nuevo orden franquista. Y otro tiempo donde no había prohibición oficial, pero sí te señalaban con el dedo, que a veces es peor.

Los buenos tiempos

Al margen de sus aristas sociales y su olorcillo a jet, el casino fue creciendo. En 1975 rebasaba los 800 socios, cantidad que se mantuvo durante una década larga. Fueron los mejores años de la institución, que alcanzó su pico máximo en 1988, cuando llegó a los 862 abonados. Los años 60 del pasado siglo, aún más los 70, incluso los 90, constituyeron la edad de oro del Casino La Unión.

Diego Velasco García fue conserje del casino durante 38 años. Entró por votación asamblearia en la feria de 1975, compartiendo equipo con Benicio Reguillo y Antonio Mateos “Carreras”, aunque éste último se marchó un año después y fue sustituido por Ángel Moreno. En la mente de Diego permanece intacta la historia de la época más pujante del casino. “Por entonces era una odisea entrar como socio, porque tenían que pagar 17.000 pesetas o más, necesitaban el aval de cinco socios y tenía que aprobarlo la general”.

Pero ser socio del casino era, hasta cierto punto, un signo de distinción.

Las fuerzas vivas de la época compartían tertulia diaria con industriales, comerciantes, pequeños patronos agrarios... Y cada sector tenía su círculo de influencia. Es muy conocido cómo determinados socios aglutinaban “poder” para acabar sacando adelante, o derribando, propuestas de la Junta Directiva a la asamblea general.

En sus años buenos, el casino era un hervidero de gente todos los días. “Los socios llegaban por la mañana a leer el periódico y echar su partida; se juntaban sesenta o setenta”. Diego recuerda que una mañana llegó tarde y un socio había saltado por una ventana para abrir la puerta. Tal era la fiebre por el casino. Por las tardes se llenaba el salón grande con mesas de tute, dominó y partidas del platillo. Algunos, los menos, subían



▲ Salón principal.